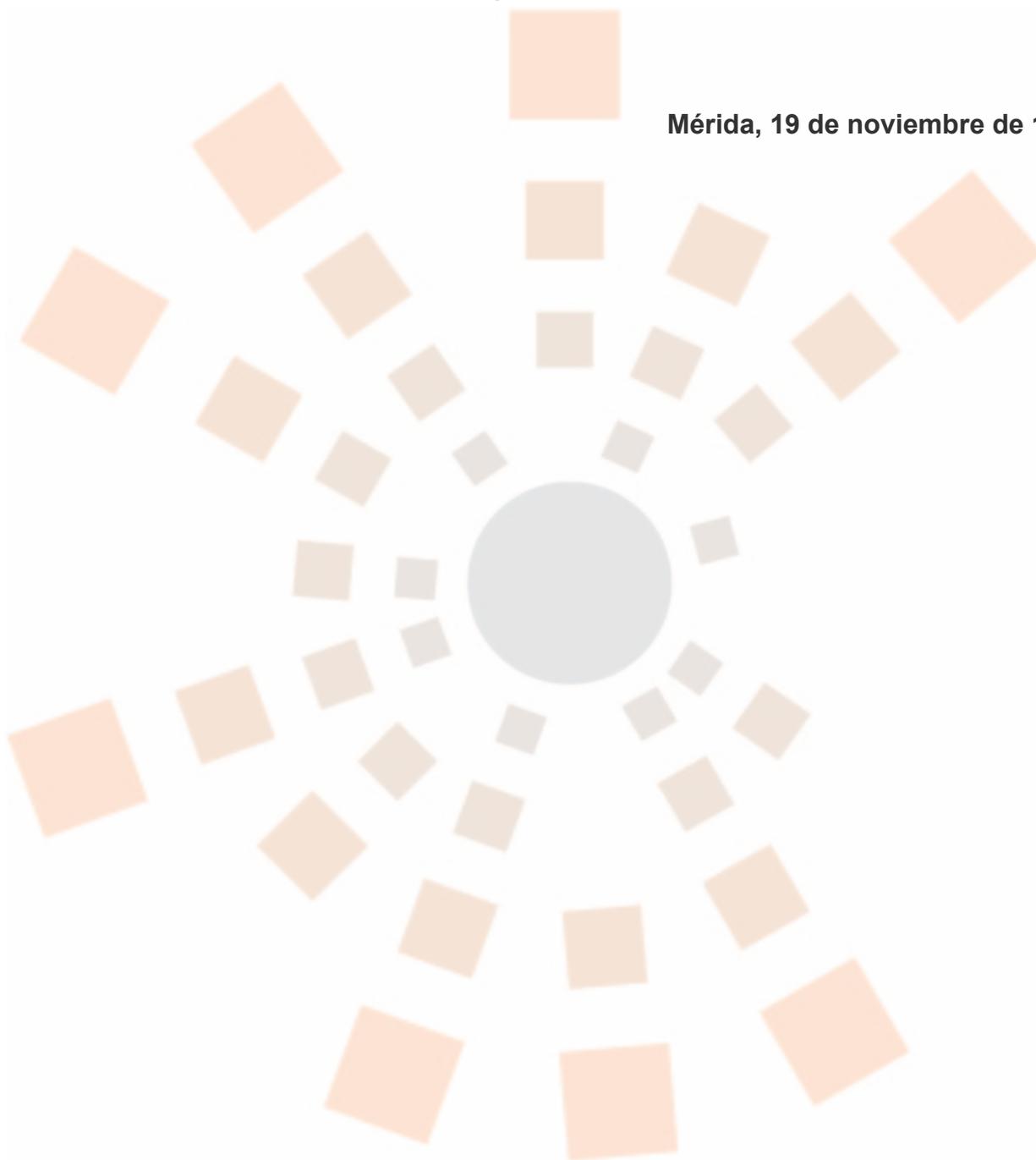


INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE LA UNED IMPARTIENDO LA LECCIÓN INAUGURAL ¿QUIÉN EDUCA A NUESTROS HIJOS?

Mérida, 19 de noviembre de 1999



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE LA UNED IMPARTIENDO LA LECCIÓN INAUGURAL ¿QUIÉN EDUCA A NUESTROS HIJOS?.

Mérida, 19 de noviembre de 1999

A los políticos se nos critica, a veces sin mucha reflexión, nuestra excesiva preocupación por las elecciones, como si éstas no fueran precisamente la esencia de eso tan querido que se llama democracia. Esa actitud es tan inútil como criticar a los estudiantes por preocuparse excesivamente por los exámenes. En ambos casos se trata de que alguien revalide desde fuera el nivel de tu actividad, considerándola adecuada o insuficiente respecto de un baremo preestablecido o de la paralela situación de los competidores. En esos momentos se enjuicia tu trabajo y por ello son situaciones importantes, decisivas incluso. Por eso no se puede pedir a los políticos que hagamos abstracción de las elecciones y que actuemos como si éstas no existieran.

Como en el caso de los exámenes, el problema es preocuparse sólo de las elecciones, y, por tanto, actuar siempre buscando un rendimiento electoral a corto plazo. Con esa posición alicorta se renuncia a la responsabilidad de abrir caminos de futuro. Y es una práctica muy común en nuestra política porque esta perspectiva lejana suele crear preocupaciones y tensiones que no se resuelven nunca en las urnas a favor de quien los plantea. Para los políticos es más fácil aparecer públicamente como quien resuelve un problema presente que como quien crea inquietud exponiendo un problema a resolver en el futuro.

La experiencia me ha enseñado, sin embargo, que no es tan difícil estar preocupado por las próximas elecciones, sin dejar por ello de estar preocupado por las próximas generaciones. Y a ello querría dedicar esta reflexión de hoy, agradeciendo a la UNED su interés por mi presencia y esta oportunidad que me brinda de sustraerme por un rato a la aburrida pelea política diaria para adentrarme con más sosiego en el terreno de la reflexión social. Y he escogido un objeto de atención no siempre bien atendido por los políticos, el de los miembros más recientes de nuestras comunidades humanas y las esperanzas o peligros que subyacen en su proceso de formación.

No les voy a hablar, sin embargo, esta tarde de un asunto sobre el que son antiguas y conocidas mis preocupaciones, mis obsesiones, si quieren. No, hoy no toca hablar de los jóvenes, ni de sus formas de ocio, ni de sus perspectivas laborales, ni de su exacerbado consumismo, ni de las peligrosas dictaduras de la moda. Hoy no toca ni botellón, ni anorexia, ni absentismo universitario. Estamos los adultos tan desorientados con los adolescentes que ya lo único que les preguntamos es por qué llevan las gorras con la visera para atrás o por qué las chicas llevan siempre una talla menos y los chicos dos tallas más. Hoy querría compartir con ustedes una reflexión sobre otras personas con las que, paradójicamente, a veces es más fácil hablar: los niños. Y querría hacerlo sin caer en la fácil tentación del

ternurismo, y sin irme tampoco a los extremos, afortunadamente infrecuentes, de la violencia o la explotación sexual de menores. Porque a nuestro más inmediato alrededor están pasando cosas que creo que requieren nuestra atención.

Sí, ya sé que los medios de comunicación nos sobresaltan cada vez con más frecuencia relatando casos extremos de crueldad o vejaciones a menores. O casos no menos escalofrantes de crueldad por parte de los propios menores contra otros niños. Pero, por más que el ruido mediático sea estridente, lo cierto es que en nuestros ambientes más cercanos esos casos no representan el tono medio de los problemas relativos a los niños. No me referiré, por tanto, a estos ejemplos extremos, sino a situaciones cotidianas, conocidas de cerca por todos nosotros en nuestra vida diaria. Porque, como decía, en nuestro entorno más inmediato están pasando cosas que reclaman nuestra atención.

¿Quién está educando a nuestros niños?, ¿Quién está forjando su primeras imágenes del mundo?, ¿Quién introduce en sus permeables mentes los conceptos de lo bueno y de lo malo?. ¿De verdad estamos tan convencidos de que la respuesta es la familia?. ¿O los maestros?. ¿Seguro que no es la factoría Disney, o las Spice Girls,o la canguro?.

Hay una frase aterradora por su profundidad, por todo lo que dice sobre ese oscuro mundo de la mente infantil. De hecho, si no me equivoco, ha sido utilizada para titular alguna película de terror. “La mano que mece la cuna, es la mano que domina el mundo”. Y esta frase da escalofríos precisamente porque nos pone ante esa situación inadvertida por la cual, quienes condicionen el pensamiento infantil, pueden estar poniendo los cimientos de la sociedad futura. Y también por el hecho de que un gesto aparentemente tan cotidiano, tan inocente, tan desapercibido como encargarse de los primeros pasos intelectuales de los niños, es a la larga mucho más trascendente para toda la sociedad que hacer tratados, constituciones o solemnes declaraciones de derechos.

Hace poco me contaron una anécdota que me hizo detenerme en esta cuestión. Unos padres españoles llevaron preocupados al pediatra a su hijo porque aparentemente hablaba emitiendo unos sonidos incomprensibles. Antes había comenzado a manejar con esa torpeza tan divertida su lengua de trapo, como los demás niños, diciendo “papá”, “mamá” y esas cosas habituales. Pero luego parecía hablar cosas que nadie entendía. Costó algún tiempo, pero al final se descubrió que el niño hablaba en tagalo, una lengua de Filipinas. Y que el sencillo motivo de tan extraordinario suceso, para desilusión de los parapsicólogos, es que en la casa tenían una asistente filipina que era la que pasaba la mayor parte del tiempo con el niño. Es un caso parecido al de ese bebé estadounidense que no atendía si le llamaban por su nombre, Bill o Johnny o el que fuera, y sin embargo sí giraba la cabeza si le llamaban como siempre le había llamado la asistente hispana, “poquito”.

Esos padres de los casos citados seguramente son personas normales, no son desalmados que maltraten a sus hijos o que les mantengan malnutridos. Pero probablemente llevan un ritmo de vida que les ha obligado a dejar en manos de otras personas la atención y el cuidado directo de los niños. Seguramente necesitan dos sueldos para poder mantener un buen poder adquisitivo. Y quizá no es por egoísmo o fiebre consumista; a lo mejor pensando precisamente en los hijos y en darles lo mejor para el futuro. Lo paradójico es que esa capacidad económica, que sirve precisamente para pagar a esa persona que cuida permanentemente a los

críos, lo que hace es alejarlos de los padres. Y eso no tiene por qué ser malo, a lo mejor esa asistente es mejor educadora que los progenitores, más paciente, más cariñosa, más enérgica si es necesario. No se trata por mi parte de entronizar en todo caso la figura de los padres en detrimento de la de cuidadores temporales. Pero el caso es que hay un cambio de papeles muy trascendente.

Se me podría decir que aquí y ahora tampoco son casos generales, que no todo el mundo tiene ese tipo de ayuda doméstica. Y, mucho menos, permanente. Es verdad, pero donde yo he puesto la figura de la canguro o de la asistente doméstica, pongan ustedes, siendo positivos, la de la abuela, la de los empleados de la guardería o, siendo pesimistas, la de los programadores de las cadenas de televisión. Es un fenómeno que alcanza a toda sociedad desarrollada como la nuestra. Y que está interrogándonos sobre un asunto esencial y muy ligado a éste, el nuevo modelo de familia y la incorporación de la mujer a la vida laboral. Y no me negarán que ambas cuestiones sí que están presentes en nuestra realidad extremeña o española cotidiana.

A veces la influencia sobre las mentes infantiles es muy subliminal, muy poco meditada. Por ejemplo, siguiendo la tradición, a las niñas se las programaba para las tareas domésticas desde la infancia, dándoles para jugar muñecas con las que representar el papel de los cuidados maternos o enseñándolas a coser, mientras que a los niños se les prohibía ese tipo de actividades y se les programaba para jugar con coches o con herramientas. No es de extrañar que las familias formadas por esos niños cuando se hicieron, cuando nos hicimos, adultos hayamos reproducido esos mismos esquemas y sea el hombre el que lleve el coche a pasar la ITV o el que cuelgue los cuadros en casa y sea la mujer la que se levante por la noche si el niño se tiene una pesadilla. Y esta asunción inconsciente de roles sexuales vale también para cuestiones como la raza. Por ejemplo, si el niño escucha permanentemente durante los primeros años de su vida chistes racistas, será luego trabajosos modificar la impresión de que las personas con otro color de piel son inferiores. Pero volvamos a los roles definidos por el sexo.

Que la mujer debe asumir en la sociedad un papel laboral igual al del hombre es una conquista que todos deberíamos asumir con naturalidad a estas alturas. Haya paro o no haya paro. Aquí no hay disculpas socioeconómicas para la injusticia machista. Pero con la misma naturalidad hay que asumir que el resto de labores, incluidas las que tradicionalmente realizaban las mujeres, son ahora también tarea de todos. Poco a poco, eso se va consiguiendo, incluso en personas de edad avanzada para las que supone una cierta revolución en sus hábitos. Hace veinte años no era tan habitual ver a hombres de una cierta edad solos haciendo la compra, mientras que hoy es de lo más corriente. De lo que hablamos hoy, en relación con la educación de los niños, es sólo de una de las múltiples facetas de ese nuevo estado general de cosas.

La consecuencia más clara de la plena incorporación de la mujer al mercado de trabajo es la caída en picado de la natalidad, pues la tradicional y esclavizante disponibilidad femenina ya no existe. Los hijos son una decisión meditada, en ocasiones me parece a mí que demasiado meditada, y sólo vienen cuando los trabajos, la casa u otro tipo de circunstancias económicas lo permiten. Para muchas parejas el asunto se deforma hasta convertirse en una opción entre niños o hipoteca. Hay muchos niños sin hermanos, en consecuencia, por lo que las relaciones durante muchas horas al día son como las de las anécdotas relatadas, con la canguro o la

asistenta. Y en las ciudades, en las que no se puede sencillamente “bajar a la calle a jugar” como en los pueblos, en las que lo de “la pandilla” es una cosa que sólo se conoce por las series, el recurso más fácil es la televisión, eternamente encendida.

Otra consecuencia obvia, sobre todo en las ciudades, es que los colegios ofrecen a los padres la posibilidad de dar la comida a los niños, extendiéndose la estancia en el centro también a esa parte de la jornada y produciéndose efectos en principio beneficiosos en el proceso de socialización, porque se convive con los compañeros en ese rato y se crean mejores hábitos alimenticios. Otra cosa es que se pierda un momento familiar que era y sigue siendo muy importante, en ocasiones la única oportunidad diaria de estar todos juntos y saber de los demás.

Y una tercera consecuencia es una mayor relación de los niños con los abuelos, quizá como nunca en la historia. Los abuelos, y sobre todo las abuelas, son en muchos casos la solución más a mano para resolver ocasional o permanentemente la cuestión de con quién dejar a los niños. Y este es un contacto enormemente gratificante para ambas partes, de modo que ya no podemos decir aquello de que los abuelos malcrían a los nietos, sino, en honor a la verdad, sencillamente que los crían. Por lo demás, los abuelos ya no suelen ser ancianos incapaces, sino personas sanas, muy activas y más independientes, hasta el punto de que no será raro el que llame a su hijo para pedirle que se quede con el nieto, es decir con su propio hijo, porque él tiene que irse al habitual viaje de invierno con el grupo de jubilados de la residencia o del pueblo. Hasta tal punto están cambiados los papeles. No es asunto de hoy, pero mucho habría que hablar de esas mujeres extremeñas que en la época dura de la emigración lo fueron todo en la familia y cuando les llega la merecida hora del descanso, vuelven a sacrificarse cuidando a los nietos para que sus hijas puedan trabajar. La incorporación de las extremeñas al trabajo ha tenido en las abuelas unas generosas e inesperadas aliadas, y justo es reconocerlo.

Otro efecto de ese cambio de roles familiares es que todo el mundo está agotado en casa por la tarde o la noche. Los padres, ambos, llegan cansados, quizá malhumorados y con ganas de relajarse, leer el periódico o ver la tele. Cualquier cosa menos ponerse con el niño a repasar la tabla de multiplicar o corregir las “fichas”. Hasta los pobres niños estarán agotados si, además de arrastrar esas enormes mochilas, les hemos engañado, creo que esa es la palabra, para que después del cole hagan el inglés, el ballet, la música o cualquiera de las abstrusas actividades con las que llenamos su tiempo para que no se den cuenta de que no lo pasan con nosotros. Si las tareas domésticas se reparten, aún quedará hacer la cena con desgana y, en el mejor de los casos, ésta sustituirá a la comida y se hará en común, eso sí, con el telediario encendido. Los padres más esforzados se atreven todavía a leerles un cuento en sus camas, pero corren el riesgo, a mí me ha pasado, de quedarse dormidos antes que las criaturas.

En resumen, que las familias de ahora sólo parecen familias de antes los domingos por la mañana. Por lo que no es extraño que tampoco los niños sean como entonces.

Los niños no parecen disfrutar hoy con los cuentos clásicos, salvo en las versiones Disney, sino que devoran, por ejemplo, una serie infantil de novelitas de miedo que se llama “Pesadillas”. Y sobre todo devoran televisión, demasiadas horas. Y nada de Barrio Sésamo o La Casa del Reloj, sino series que quizá no deberían ver

porque plantean conflictos de jóvenes o adolescentes que ellos no pueden procesar adecuadamente. O dibujos animados que pretenden gustar más a los adultos que a los niños, como los Simpson. O padres que disfrazan a los niños como cantantes y les acarrearán de un concurso para otro como monitos de feria. O directamente las películas violentas que ponen los hermanos mayores sin que nadie repare en que al lado está el pequeño. Hoy se puede ir al cine, elegir cuidadosamente la película para los niños más pequeños, y antes de que Manolito Gafotas haga su simpática aparición, te clavan sin remedio con un volumen atronador un trailer de otra película para adultos con cuarenta segundos de violaciones, explosiones, disparos, y accidentes.

Así pues, ¿quién está educando a nuestros niños pequeños?. ¿Y qué puede o debe hacer la administración al respecto?. Desde luego, lo que no debe hacer la administración es imponer un modelo de familia. Las diferentes formas de la familia de ahora son producto de las nuevas relaciones sociales, algunas derivadas por la situación económica, como la tardía edad en la que muchos jóvenes salen de las casas paternas, y otras sencillamente elegidas, como las familias monoparentales. Y los gobiernos no creo que deban imponer modelos, más bien la tendencia es a reconocer legalmente las novedosas fórmulas de convivencia, como en el caso de las parejas de hecho. O, si acaso, ayudar a quienes optan por tener más hijos mediante ayudas a las familias numerosas.

Pero, dicho esto, no por ello debemos abdicar de nuestro deber de protección de la infancia. Un deber que, como todos sabemos, impone incluso en ocasiones extremas sacar a los niños del núcleo familiar y privar a los padres de unos derechos tan personales como los derivados de la paternidad. Puesto que los niños están desvalidos, las leyes nos facultan y nos obligan a protegerlos de los propios padres. Pero estos, afortunadamente son casos extremos y no muy frecuentes. Lo habitual no son los malos tratos o el descuido de las más mínimas atenciones. Lo normal son estas prácticas que he descrito hoy y que pasan más por una frecuente delegación de los antiguos deberes paternos en otras instancias u otras personas. Y repito que esas instancias, como una guardería, o esas personas, los abuelos o la asistente, no tienen por qué considerarse automáticamente peores que los padres naturales. Pero lo que sí es cierto es que ya nos resulta difícil determinar quienes condicionan a los niños en esa edad tan temprana y qué tipo de valores están adquiriendo inconscientemente de su entorno, televisión incluida.

Personalmente pienso que la familia, cualquier tipo de familia, es el mejor ámbito para la primera educación, esa que va marcando valores que luego será difícil modificar. Por eso mismo, la Junta ha pretendido apoyar medidas para que los padres puedan educar a los hijos en su entorno habitual y desde sus primeros días, como las citadas excedencias especiales. O las ayudas a las familias numerosas. Pero lo cierto es que hay tendencias sociales muy arraigadas que sería voluntarista e inútil tratar de modificar radicalmente, como hemos comprobado. El rotundo fracaso de la Junta al ofrecer las ventajas de una excedencia especial para el cuidado de los hijos a su personal habla por sí mismo de esta difícil decisión de elegir entre sacrificio de una parte del poder adquisitivo familiar y la educación directa de los hijos. Y creo que no habrá muchas dudas sobre lo bien que han acogido las familias numerosas las ayudas que la Junta ha puesto en marcha tras las últimas elecciones. Pero con la misma firmeza creo que eso va a conducir a ninguna pareja a modificar sus planes y tener más hijos. Con este tipo de políticas, necesarias, sin duda, ni crece la natalidad, ni los padres renuncian a uno de los

sueldos para quedarse con los hijos. Esto es así. Por tanto, hay que buscar alternativas y es precisamente ese el punto en el que nos encontramos.

Y si las familias no pueden hacerlo, por las circunstancias que sea, yo entiendo que la mejor alternativa es la de los profesionales de la educación. Y diría más, la de los profesionales de la educación infantil, que debería ser una muy cuidada especialidad dentro de la profesión docente. Esta segunda opción nos remite ya al ámbito público y a las responsabilidades de las administraciones, y es en este punto en el que los políticos debemos exponer nuestros compromisos con la educación de los más pequeños.

La propuesta que hago en relación con el asunto es, desde luego, continuar incentivando que sean las familias las preferentes protagonistas de esa formación inicial, como hasta ahora. El objetivo sería facilitar de todos los modos posibles el regreso al trabajo, sin merma de expectativas profesionales, de los padres o madres que opten por quedarse con los niños en los primeros años de su vida. Cuando un padre o una madre se quedan algún tiempo al cuidado de los hijos, está cumpliendo un papel social de gran relevancia y no pueden ser castigados profesionalmente por esa misma sociedad que teóricamente aplaude su decisión. Y a este respecto hay que tener la mente abierta para valorar propuestas y mecanismos legales que faciliten el regreso al trabajo tras ese periodo, pero mediante sistemas que no perjudiquen la competitividad de las empresas o la atención a los administrados. Las administraciones públicas pueden ser el laboratorio de ensayo de estas nuevas fórmulas y, como ha sucedido con anterioridad, no puede entenderse esta política como un privilegio de una casta de trabajadores, sino como una puerta por la que transitarán las empresas privadas más pronto que tarde.

Y para las familias que no deseen o no puedan acogerse a este tipo de medidas, la administración educativa debe plantearse asumir de modo completo y con todas las consecuencias la educación infantil desde los tres a los seis años. En mi opinión, esa fase debe ser plenamente educativa, debe depender de los departamentos públicos de esa área y debe ser homogénea para todos los niños. Es decir, tenemos que acabar con la actual dualidad que consiste en que, en Extremadura, hay niños de 3 a 6 años que van a centros de la Junta, con niños de 0 a 3 años, en los que el enfoque es más bien asistencial, se trata solamente de atender mínimamente a los niños mientras los padres trabajan, con un esquema de pura guardería. Mientras, otros niños de la misma edad van a los colegios públicos con un perfil ya más educativo. Ahora bien, puesto que sigo pensando que la mejor solución es la familia, ésta debería seguir siendo una fase no obligatoria, de modo que la familia que lo desee pueda seguir encargándose de la tutela de los niños hasta los seis años. Y por supuesto, todo ello debería ir acompañado de medidas para que las familias con dificultades tengan ayudas para los posibles gastos (comedor, transporte, libros, etc.).

Esta propuesta crea un problema obvio del que hay que ser conscientes; es posible que cuando los dos grupos de niños se junten en los colegios, ya en la educación obligatoria a partir de los seis años, los que han pasado por los colegios puedan presentar algunas ventajas en la actitud, quizá, más que en los conocimientos, que serán todavía similares. Estarán más acostumbrados a los horarios, a la figura del profesor, a las relaciones con los compañeros, a una cierta disciplina de comportamiento, etc. Pero hay que esperar que ésta no sea una dificultad insalvable y que el buen hacer de los profesionales pueda resolverla.

Para los niños más pequeños, hasta los tres años, la propuesta no es menos ambiciosa, por lo que requerirá tiempo para su completa efectividad. Se trataría de ofrecer a las familias que lo deseen, es decir, con carácter no obligatorio, la posibilidad de que envíen sus hijos a centros públicos dependientes de las administraciones públicas, pero con unas características homogéneas tanto en la formación de su personal, como en servicios o en horarios. Hasta ahora todas las administraciones hemos acudido a resolver problemas allí donde los hemos detectado, con buena voluntad, pero con un resultado muy diverso. Hay guarderías del Estado, de los gobiernos autonómicos, de los ayuntamientos y, por supuesto, privadas. Las hay más caras, más baratas, y con horarios más o menos extensos. De lo que se trataría es de integrar a todas las públicas en un sistema homogéneo, tener un personal especializado en continua formación, reducir drásticamente las tasas que ahora se cobran, eximiendo completamente a las familias más necesitadas, y establecer horarios que se adapten a los padres trabajadores y no al revés. La gestión debería ser acordada entre las diversas administraciones públicas, especialmente entre la regional y los ayuntamientos, pero dentro de un sistema uniforme en sus características principales. Y, respecto de las privadas, ejercer un adecuado control sobre las condiciones materiales y especialmente sobre la cualificación de las personas que atienden a los niños, incluso concertando plazas con ellas si es imprescindible para aquellos casos en los que las públicas no sean suficientes.

Los detalles corresponderían ya al debate político con la oposición, con los profesionales y con los padres. No es ni momento ni lugar para ir más allá de la pura reflexión. Lo que me interesaba hoy era llamar la atención sobre este problema de la tutela de los más pequeños y el papel subsidiario de las administraciones respecto de las familias. Acudimos los políticos, no para sustituir una relación insustituible, la paterno filial, sino para resolver los problemas que puede crear el absoluto derecho de la mujer al trabajo y a la independencia económica.

Los hombres somos una peculiar especie biológica. Las crías de los animales son capaces de valerse por sí mismas en buena medida a las pocas horas o días de nacer. Las pequeñas gacelas, estamos hartos de ver las imágenes en los documentales, deben poder correr para huir de los peligros y se ponen de pie casi al momento de ver la luz. No es el caso de los niños; la sensación de desvalimiento es total y duradera. Y lo mismo que pasa con sus cuerpos, sucede con su inteligencia. Su desarrollo es lento y requiere cuidados de todo tipo durante varios años. Se diría que los humanos nacemos antes de tiempo, que deberíamos tener gestaciones enormemente más largas para salir al mundo con una mínima capacidad de autodefensa. Pero no es así, y por eso el entorno de un niño debe funcionar como una especie de útero social, como un remedo de la protección y el bienestar dentro de la madre. Lo que propongo con esta llamada de atención y este esbozo de propuesta política es que sean las familias y los profesionales las manos que “mezan las cunas” para que ellos tengan un mundo mejor.

Muchas gracias.